

Un mar en el pasillo



Texto: Anna Espinach

Ilustraciones: David Carretero

Si le hubieran dado a elegir, Marcelo no habría escogido tener que pasar dos meses en el hospital. Pero era así, tenía que ser así, y no había por qué ponerse de mal humor. Porque Marcelo había descubierto, con tan solo una semana, que para vivir en un hospital hay que adoptar la mejor de las actitudes.

Marcelo está ingresado en la planta 3 del Hospital Sant Joan de Déu. Como puede salir cada día a dar una vuelta por los pasillos, ya ha conocido muchos niños que, como él, deben estar allí: o bien por una operación rápida, por algún tratamiento más largo... Hay de todo. Incluso los hay que llevan años yendo y viniendo del hospital a casa y otros que después de venir, ya no volverán nunca más. Sea como sea, la mayoría de ellos buscan la forma de pasarlo de la mejor manera posible. Juegan, ríen, se entretienen con las tabletas, ven la tele y miran por la ventana... se aburren y vuelven a empezar. Hay unos payasos, los Pallapupas, que cada día pasan por las habitaciones. A veces los acompañan si deben hacerse pruebas o incluso si tienen que pasar por el quirófano. Con ellos todo parece menos terrible.



A Marcelo le gusta mucho que vengan a visitarlo. Le enseñan canciones, juegos de manos y a reírse de casi todo. ¡A reírse mucho! A veces tanto que se olvida que vive en aquella habitación de la tercera planta de Sant Joan de Déu. Pepe, sin embargo, su vecino de habitación, no ríe nunca. Ni siquiera cuando los Pallapupas entran en su habitación, y deben salir de inmediato, porque no los quiere ni ver. No quiere reír. Pepe está de mal humor desde el día que entró, ya hace un mes. Y eso que aún le quedan unas cuantas semanas.

Pepe tiene 11 años y toca el violín. Tiene mucha habilidad, pero en el hospital no lo puede tocar tanto como quisiera, porque allí, a menudo, se necesita un poco de silencio. De vez en cuando, Pepe sale fuera con su madre o su padre, y toca hasta que le duelen los dedos. Marcelo lo mira. Es entonces que lo ve feliz. Y esto le hace un poco más feliz a él también. No verlo tan preocupado como siempre.

Fue un sábado por la mañana, sintiendo una de las melodías que salían del violín de Pepe, cuando Marcelo tuvo aquella idea. Marcelo es un niño de ideas, la cabeza siempre le hierve. Pero lo más importante es que Marcelo convierte las ideas en realidades... ¿de qué servirían, sino? La idea de aquella mañana tenía un objetivo claro: hacer un poco más felices los días de Pepe mientras tuviera que estar en el hospital. Se acercaba el mes de julio, el mes de las vacaciones y de la playa, que este año ellos no podrían disfrutar. Marcelo había estado investigando y había descubierto que a Pepe, el mar era una de las cosas que más le gustaban en el mundo. Cada verano se iba al pueblo de la costa con sus primos, su pequeño paraíso. Le gustaban las sardinas a la brasa, las conchas con aceite, pimienta y sal, y la arena pegada a las uñas de los pies. La piel curtida por el sol y las habaneras. Este verano, la playa le quedaba lejísimos, pero Marcelo estaba dispuesto a hacer más leve su añoranza. Así que el domingo por la mañana, se presentó en la habitación de al lado muy temprano, cargado de papeles, tijeras, pegamento y todo lo que cabría pensar. "Tengo trabajo para ti, chaval", le dijo a Pepe.



"No me gustan las manualidades", respondió Pepe de mal humor. "Pero ir a la playa sí te gusta, ¿verdad? Y el mar. Y las sardinas", siguió Marcelo sin perder la sonrisa. Aquellas palabras iluminaron, por un segundo, el rostro de Pepe y Marcelo sintió como ganaba algo de terreno. A continuación, le explicó su plan. "Tenemos mucho tiempo, aquí dentro. Tanto que podríamos convertir toda la planta 3 en una gran playa. ¿Qué me dices?". Pepe no sabía qué decir, así que se quedó sin abrir boca mientras Marcelo tomaba posesión de su habitación y le iba explicando su gran plan: un mar hecho de papel de seda por todo el pasillo. "Pediremos que nos lleven arena de la playa, mi padre dice que él podrá llevar varias bolsas. Y mi hermana hará unas cenefas en forma de sardina muy chulas porque no creo que nos dejen hacer una barbacoa aquí dentro, ¿no?". Pepe se rió un poco, y eso animó a Marcelo a continuar. "En la sala de juegos de bajo pondremos unas toallas y unos parasoles. Quizás nos dejen tomar refrescos, ¿qué me dices?". Pepe se encogió de hombros. Aquello, claramente, ya no era un no. Aquello ya parecía más un "de acuerdo". Así que se pusieron manos a la obra.

Durante dos días, Marcelo movilizó toda la planta 3, niños, familias, enfermeras y médicos, que se engancharon dibujos de pulpos, cangrejos y medusas en sus batas para no desentonar con lo que se estaba preparando. En las paredes del pasillo aparecieron todos los tonos del azul que pueda tener el mar; pececillos hechos con papel de plata y brillantina colgaban del techo; las puertas de las habitaciones se habían convertido en la proa de los barcos; los payasos se disfrazaron de sirenas y Marcelo se vistió de pescador. Aquel montaje les había llevado trabajo, trabajo del bueno, y cuando vieron los resultados, todos estuvieron de lo más contentos. Incluso los niños de otras plantas bajaban a ver el espectáculo. ¡Qué maravilla! ¡La planta 3 se había convertido en una pequeña playa! Pero Marcelo aún tenía una última sorpresa para todos, y en especial para Pepe, que aquellos últimos días había visto menos enfurruñado que de costumbre.

"¡Haremos un concierto de habaneras!", Le dijo a Pepe para rematar, "pero yo de eso no sé nada, así que deberás organizarlo tú!". Pepe pensó un segundo, pero enseguida tomó una decisión: "¡De acuerdo! ¡Haremos un concierto de habaneras y yo tocaré el violín!". En tan solo 24 horas, Pepe consiguió montar un grupo bien surtido: su padre tocaría la guitarra y su prima vendría especialmente para la ocasión, cargada con su acordeón. La Doctora Sans se ofreció a cantar -ella siempre canta, incluso cuando pasa visita! - y él, Pepe, se había aprendido, en tiempo récord, el acompañamiento de violín para todas las canciones. Y una tarde de sábado de julio, hicieron realidad aquel concierto con sabor a mar. Pepe hacía de maestro de ceremonias con tanta energía que parecía que había olvidado que seguía en el hospital. De hecho, con todo aquel revuelo, parecía que todo el mundo lo hubiera olvidado. El espectáculo fue todo un éxito y, lo mejor de todo, Pepe estaba de lo más ilusionado.

Pepe y Marcelo se convirtieron en amigos inseparables. Marcelo continuaba con su buen humor y Pepe, aunque había días en los que la tristeza volvía a visitarlo, había empezado a tomárselo todo de otra manera. Incluso parecía que las ideas de Marcelo se le estaban contagiando. "¿Qué tal si montamos un campeonato de ajedrez? ¿O de bolos?... ¿O quizás un escape room? Un escape room es una gran idea, ¿verdad, Marcelo?". Por supuesto que lo era.

Y esta es la historia de Pepe y Marcelo, que aprendieron a hacer salir las ideas de sus cabecitas para llenar toda la planta 3 del hospital, y convertirla en uno de los lugares más mágicos que nunca se haya podido ver.

Fin



La guía de la salud i el benestar per als teus fills



Los cuentos de la abuela es una recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS ofrece en su plataforma digital (<http://faros.hsjdbcn.org/>) para fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimientos de calidad y de actualidad en este ámbito.



SJD

Sant Joan de Déu
Barcelona · Hospital